

Cristo, principio y fin de todas las cosas

Proclamar la supremacía de Cristo sobre toda creatura, pregonar su soberanía a los Pueblos y Naciones en tiempos de indolencia espiritual, donde lo que impera es el indiferentismo, puede parecer paradójico, pero no deja de ser cierto. Naturalmente estamos hablando de una potestad sobrenatural conferida al Hijo de Dios que le convierte en soberano del universo entero. Cristo es Rey, pero no como los reyes de la tierra, con poder material sino espiritual, al igual que su revolución no fue política sino moral y religiosa.

A estas alturas, nadie pone en duda la independencia del poder civil del religioso, al que el mismo Cristo alude cuando dice “dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios” ; pero sigue habiendo dudas sobre cuales son los espacios de competencia que a uno y otro corresponde cubrir. Continua habiendo confusionismo sobre qué bases deben sustentarse las relaciones de cooperación entre Iglesia y Estado. Es de lamentar la sequía de documentos postconciliares al respecto, sobre todo teniendo en cuenta la ignorancia existente entre los católicos, que reclaman orientaciones claras y precisas sobre algunas de estas cuestiones político-religiosas, todavía por resolver o resueltas sólo a medias.

Es evidente que los tiempos idílicos de la Cristiandad, en que trono y altar caminaban juntos, han pasado y de ello somos plenamente conscientes, como también del contexto político-social generado después de la libertad religiosa. Los creyentes nos hemos tenido que ir acostumbrando al estado laico y estamos dando sobradas muestras de saber convivir con los que no piensan como nosotros, respetándoles en todo, incluso tendiéndoles la mano para poder construir juntos un mundo mejor y lo justo sería que los demás hicieran lo mismo con nosotros y aprendieran a respetar, no digo ya nuestros privilegios, que ni los queremos, ni los necesitamos, sino nuestros legítimos derechos; pero desgraciadamente la realidad es que el escenario político-social en el que los católicos tenemos que movernos viene marcado por las restricciones de todo tipo y cada vez más. Se pretende excluirnos en la participación de los asuntos públicos, que a todos compete; se nos cuestiona el derecho de manifestación pública; se nos pide que silenciamos a Dios. A lo más se nos concede un espacio interior, de puertas adentro, como si nuestra religiosidad fuera una cuestión puramente privada que hay que practicar a hurtadillas.

Si de lo que se trata es que el cristianismo vaya perdiendo presencia social, si lo que se busca es que la religión vaya quedando sin peso específico, entonces no tendremos más remedio que andar vigilantes y si

fuera necesario salir al paso para hacer de contrapeso a cualquier ideología tendenciosa y totalitaria, que el poder civil trate de imponernos. En cualquier caso los católicos hemos de sentirnos obligados a levantar nuestra voz contra quienes quieren amordazarnos y gritar a los cuatro vientos que sus ideologizados discursos, rebosantes de relativismo ético, no nos satisfacen, porque estamos convencidos de que la vida pública enriquecida con los valores cristianos resulta ser mucho más hermosa y fecunda. Éste bien podría ser uno de los retos de la hora presente, que nos interpela a todos los católicos

Hoy día lo que sucede en el interior de los templos tiene menos repercusión que lo que sucede fuera de ellos, por eso la presencia del reinado de Cristo en las almas, en el corazón de las familias, en el seno de la sociedad, va a depender de lo que los cristianos de a pie seamos capaces de hacer en la calle, en los centros de trabajo, en los medios de comunicación, en las redes sociales, o en los parlamentos. Se nos pide hablar con el ejemplo y poner en práctica la solidaridad con el hermano, trabajar por la solución de los problemas más urgentes de nuestro tiempo e instaurar aquí abajo un reinado de justicia de amor y de paz, que es el compromiso que los cristianos tienen contraído con el mundo.

La festividad de Cristo Rey viene a recordarnos todo esto y también lo difícil que resulta tratar de armonizar la ciudad celeste con la terrestre. Ya sé que no se puede generalizar; pero los cristianos de la posmodernidad estamos dando muestras de que todavía no hemos aprendido “a estar en el mundo sin ser el mundo”. En realidad desde el exterior no se aprecian grandes diferencias entre creyentes y los que no lo son. Es más, a juzgar por las expresiones que se oyen por ahí, habría que pensar que muchos de los nuestros lo que buscan es camuflar su condición de cristianos. De boca de muchos de ellos se pueden escucharse frases como éstas: “A Dios hay que llevarlo en el corazón sin que nadie lo note”... “Una cosa es mi vida pública y otra distinta es mi vida privada”... Pues bien, ni una ni otra me parecen muy testimoniales que digamos. Por supuesto que a Dios hay que llevarlo en el corazón; pero ¿cómo podremos hacer visible el Reino de Cristo si comenzamos por ocultar a Dios?. “Todo nuestro ser, decía Carlos de Foucauld, debe ser una predicación, un reflejo de Jesús, un perfume de Jesús, que hace ver a Jesús, que brilla como la imagen de Jesús”. Y ¿qué decir de los que recurren a la doble personalidad, una pública y otra privada, encendiendo una vela a Dios y otra al diablo, según la ocasión?. Está claro que ningún creyente puede disociar su vida en dos mitades, porque Dios no se conforma con corazones partidos.

“¿Quién puede separar su fe de sus acciones o sus creencias de sus trabajos? Se preguntaba Khalil Gibrán ¿Quién es capaz de desplegar sus

horas ante sí mismo, diciendo: esto para Dios y esto para mí.? El gran riesgo que corremos los cristianos de la posmodernidad es convertirnos en unos pusilánimes acomplejados, que por miedo “al que dirán” nos pleguemos en todo a lo políticamente correcto y sintamos miedo de proclamar públicamente. “Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat”

.